

PARA los del U.P., desde los ingenieros al último de los peones, su construcción llegó a ser una ciencia exacta y maravillosa.

Dondequiera que se detuviesen los trenes obreros se alzaba un rumor de colmena. Las brigadas cargaban los rieles en plataformas y los tiros de mulas o caballos las llevaban a galope al frente. Allí, dos hombres se apoderaban de ellos y al instante los transportaban pasándoselos a otra brigada, cuya misión era la de colocarlos y asentarlos. Por lo general, se encamaban cuatro carriles por minuto. Cuando una de las plataformas se vaciaba, la quitaban de la vía para dejar sitio a otra. Y así sucesivamente.

Los que encamaban el carril eran quienes se veían más denostados, porque necesitaban para sus operaciones de ajuste algunos segundos y... faltaba tiempo.

Luego, los remachadores... los semidesnudos, sudorosos titanes..., tres martillazos por roblón para la mayoría,

dos para gigantes como Casey o Neale..., diez roblones por carril..., doscientos carriles por kilómetro... ¡Cuántos millones de rítmicos movimientos debieron hacer aquellos nervudos brazos!

Cada día se adentraban más los trenes de construcción hacia el Oeste y cada día se aproximaba más la hora en la que se encontrarían con los que del Este venían hacia ellos.

El ímpetu era tremendo. El espíritu, que nada podía detener, se había infundido a un ejército de obreros formando una masa, una máquina potentísima, irresistible, yendo como un solo hombre hacia un mismo fin.

Cada día iba aumentando la hilera de traviesas cruzadas por refulgentes carriles. El sol caía de plano, el polvo revoloteaba arremolinado, los velos de calina flotaban en el desierto. El paso se había acelerado hasta alcanzar los límites de máxima resistencia humana. Una furia de sonido llenaba el ambiente. La rítmica cadencia era como el postrer esfuerzo para un gigantesco avance definitivo.

Promontory Point fue el lugar destinado a hacerse famoso como punto de reunión de los carriles.

Aquel célebre día del verano de 1869 que había de ver finalizada la tarea, llegaron trenes especiales del Este y del Oeste. El gobernador de California, que era a la par presidente de la sección occidental de la línea, recibió al vicepresidente de los Estados Unidos y a los directores del U.P.

Los mormones de Utah acudieron en nutrido grupo. Oficiales y soldados de uniforme representaban al Gobierno y sus charangas daban un aire familiarmente marcial a la última escena de la vasta empresa. Los trabajadores irlandeses y negros del Este se mezclaban con los chinos y mexicanos del Oeste. Los orientales encamaron el último carril a un extremo y los occidentales el del otro. Se juntaron. Los roblones los unieron..., todos menos uno. El Territorio de Arizona había regalado un roblón de oro, plata y hierro; Nevada, un roblón de plata y una traviesa de laurel, y el último roblón de todos, el que faltaba, de oro macizo, era presente de California.

Se había dispuesto que el momento del postrer remache se conociese en toda América simultáneamente. Omaha era el centro telegráfico. El telegrafista había informado a todos:

—Cuando remachen el último roblón en Promontory Point cursaré la palabra *Terminado*, y la magia de la electricidad lo repetirá por todo el continente.

El presidente de los Estados Unidos, los oficiales del Ejército y los ingenieros de la línea recibirían las felicitaciones públicas. San Francisco había organizado una celebración monstruosa, anunciada a golpe de cañonazos y entusiásticos alardes. Billetes gratuitos llevarían a Sacramento a millares de forasteros. En Omaha dispararían morteretes y cañonazos, y se paralizaría el trabajo para que la ciudad entera pudiese consagrarse a la festividad. En Nueva York, cien cañones anunciarían simultáneamente el feliz acontecimiento. La iglesia de la Trinidad celebraría oficios especiales y las famosas campanas tocarían el himno *Old Hundred*. En Filadelfia, el tañido de la campana de la Libertad, en Independence Hall, iniciaría la celebración, y así en otras cien ciudades de la República.

* * *

AQUEL día, Neale estaba en Promontory Point apartado del gentío en un altozano, atisbando con chispeantes ojos. La escena para él era bellísima, definitiva y magna.

Sólo unos centenares del vasto ejército obrero asistirían a la reunión de los carriles, pero bastaban para representar los dignamente a todos. Neale los recorrió con la vista. Sus camaradas, Pat y McDermott, se sentaban cerca, cambiando fuego para sus pipas. Parecían sosegados; para ellos la labor había concluido. Estaban agotados; ya no trabajarían más. Un fornido negro se apoyaba contra un poste. Un remachador, desnudo el torso, relucientes los enormes hombros, nudosos los brazos, estaba cerca con un martillo de largo astil en la mano. Un grupo de irlandeses con sus camisas azules o encarnadas fumaban, discutiendo, como siempre.

Cetrinos mexicanos con los amplios sombreros sobre las rodillas formaban corro bajo un árbol. Chinos de largas trenzas y exótico atavío daban color y variedad al cuadro.

Oyó alzarse un sordo murmullo de entre la muchedumbre y el jadeante resoplar de las locomotoras frente a frente, separadas por escasos metros y asombrosamente distintas de forma. Luego, el pateo de múltiples caballos, el vibrante sonido del metal contra el suelo al dejar el último carril. Un disparo; el relincho de un caballo; una risa. Lo oía todo con sensitivos oídos despiertos.

—Mac, tú que todo crees saberlo, ¿quién construyó el U.P.? —preguntaba Pat.

—¡Es fácil de decir!, ¡begorra...! ¡Mi amigo Casey!

—¡Un cuerno...! ¡Fueron los irlandeses!

—¡Viene a ser lo mismo! —replicó McDermott.

—Entonces, ¿con qué se construyó el U.P.? Contesta a eso, sabiendo...

—La parte oriental con *whisky* y la occidental... con té frío.

Pat miró a su camarada con acrecentado respeto.

—Mac..., tienes talento —concedió—. Los irlandeses vivíamos de *whisky* y los chinos de té... Otra pregunta: ¿dónde fue a parar el dinero de la construcción?

—Ya te lo diría yo, ¡begorra!, hasta el último dólar —replicó McDermott.

Y así prosiguieron, ajenos a lo impresionante del momento. Su hora había pasado. Lo aceptaban con ecuanimidad, como habían aceptado las faenas, y el calor, y la sed, y los sioux.

Se abrió un claro entre el gentío en el punto de reunión de los dos carriles.

Neale entrevió a sus antiguos colegas, los ingenieros, junto al severo grupo negro de los dignatarios y directores. El joven experimentó un escalofrío de emoción. Su sangre comenzó a circular cálida y triunfante. Había llegado el momento. Alguien vino a buscarle, llevándoselo al puesto de honor, a la cabeza del grupo de ingenieros.

Un ministro del Señor elevó al cielo una plegaria. Cuando terminó, se sucedieron los lentos y dignificados movimientos de los que colocaban en su sitio el último roblón.

El macho de plata rutiló al sol. El sonido del remache no llegó a oídos de Neale con la familiar vibración del hierro. Era blando, apagado, áureo.

¡El golpe final! De centenares de gargantas un grito simultáneo rompió el silencio. ¡Terminado!



A Neale se le nublaron las pupilas y las lágrimas enturbiaron la espléndida escena. Había pasado el momento final, que había sostenido su fe..., su espíritu..., la victoria era suya. De su alma huyó la oscuridad.

Mientras estaba allí saboreando hasta lo último el satisfactorio instante, le asaltó una extraña sensación de presencia. ¿Era espiritual..., divina..., era acaso Dios o era tan sólo el espectro de su misión cumplida y un recuerdo del largo y gris provenir?

Una mano se puso en la suya..., una mano pequeña, trémula, escalofriante... Neale quedó inmóvil, rígido, como de granito. Conocía aquel contacto. ¡No podía ser un sueño, ni una fantasía...! Sintió la carne cálida, tierna..., vibrante de esperanza..., de amor..., de vida..., de Allie Lee.

EL ministro del Señor, cuya plegaria siguió al tendido del último carril, unió a Allie Lee en indisoluble lazo en presencia de Slingerland.

Al viejo trampero le había correspondido el honor y la alegría de apadrinar a la novia y recibir su beso como si fuera su padre. Luego..., las sinceras felicitaciones de Lodge y de su Estado Mayor; el alegre banquete en honor de la feliz pareja; los brindis llenos de elogios para la belleza de la desposada y la buena suerte del reciente esposo; la extraña felicidad radiante de Neale y los ojos de Allie reflejando su alma... Para Slingerland fue una hora pródiga en materia para futuros ensueños.

Cuando el tren arrancó llevándose a los desposados, el trampero no pudo contemplarlo con las pupilas claras. Veía satisfechas todas sus esperanzas, cumplidos todos sus deseos, excepto el de estar en sus amados cerros.

Seguidamente fue a los corrales, donde su recua de hateros estaba lista para emprender la jornada. No cruzó palabra con nadie.

Llevaba doce burros, el tren de hateros mayor y más completo de su vida. La abundancia de provisiones cuidadosamente elegidas, de instrumentos, herramientas y cepos podía durarle largos años... Ciertamente todos los que le restaban de vida.

Slingerland no pensaba volver a la civilización y ni una sola vez volvió la cabeza, ya emprendido el camino, para mirar al funesto manchón del cantil... a Roaring City.

Llevó sus burros al trote largo, ocupada y distraída a la vez la mente, dichoso por los cuadros que podía evocar de las horas pasadas, melancólico por los indefinidos anhelos de su corazón. La amistad de Neale, el afecto de Allie, le hacían comprender cuánto había perdido en la vida. Tal vez no en amistad, porque entre los cazadores la tenía, pero sí en amor; el amor de una esposa, el de una hija.

Por lo demás, el trampero se alegraba de perder de vista los poblados y los hombres y el ferrocarril. Odiaba el refulgente camino de acero que unía el Este al Oeste. Cada mar-

tillazo había sido como el tañido de una campana que anunciase la muerte de su profesión. El ferrocarril entrañaba el fin de la vida salvaje. Lo que un grupo de hombres ambiciosos había logrado sería imitado por otros, y se agotaría la hierba en las praderas, se acabarían las selvas, se secarían los manantiales de los valles, y las criaturas salvajes serían perseguidas y exterminadas. Había llegado ya el fin para el búfalo; el del indio estaba a la vista, y el de los animales que constituían la razón de ser trampero no podía tardar.

El viejo Slingerland tenía la clarividencia del indio. El progreso era grande, pero la Naturaleza virgen lo era mucho más. Si la raza no podía engendrar hombres más recios, era preferible que no engendrara ninguno, porque lo malo ahogaba a lo bueno y las necesidades se convertían en ambiciones.

Vio caminos de hierro surcando las llanuras, salvando las montañas..., estaciones a centenares..., nuevos poblados..., una creciente y maravillosa prosperidad nacida de las explotaciones de madera, y de minas, y de granjas, y... en un día más o menos lejano... un Oeste esquilmado.

Alzó su primer campamento en un valle a veinte kilómetros del ferrocarril. En las pistas había huellas indias, pero... no les temía. Aquella noche, no obstante las estrellas y el silencio, siguió experimentando aquella insoportable sensación.

Al día siguiente se adentró en las lomas falderas de los cerros y después ganó ya las profundidades de las montañas. Dejó de hallar huellas, salvo de ciervo, de oso y de jaguar. Y así, día tras día, guiando a sus burros, ascendiendo y descendiendo vertientes rocosas, llegó al corazón mismo de la inmensa sierra virgen.

En sus largos años de correría jamás vio lugar tan salvaje. No había profanado aquel verdeante valle planta humana alguna, ni de blanco ni de indio. Lo demostraban sus manadas de ciervos mansos, sus curiosos castores. Aquel lugar le pareció apropiado para construir su cabaña y sus corrales.

El descontento, el odio, todas las pasiones quedaron relegadas al olvido. No podían vivir en aquel medio. Poco a poco, el único eslabón con el pasado fue un recuerdo; la memoria de un fornido joven y de una bellísima mujer de ojos violeta y el triste y maravilloso romance en el que había tomado él tan afortunada parte.

En el rosado amanecer, en los días soleados o nubosos, en las noches calladas, solemnes, en el valle, con sus manadas pastando, el plañidero aullido del lobo y el sempiterno murmullo del arroyo, halló su meta, su serenidad, la única vida verdadera y posible para él.

* * *

UNA banda de guerreros sioux escaló un promontorio en los cerros: dominando la vasta llanura, señalando con brazos bronceados y cenceños.

Un jefe desmontó, poniéndose frente a su banda. El viento hacía ondear su emplumado atavío bélico; en su bronceado pecho podían apreciarse mal cicatrizadas heridas; su semblante era anciano, pero lleno de fuego e inescrutable; sus ojos, acerados dardos.

Lejos, muy lejos, en la llanura, divisaron un objeto alargado y movedizo que dejaba como rastro un penacho de humo. Venía del Este y se dirigía al Oeste. El jefe lo contempló, como sus huestes. Nadie despegó los labios, ni cambió una mirada, ni alteró una línea de su semblante.

Pero, ¿qué había en el corazón y en la mente y en el alma de aquel gran jefe?

El monstruo que echaba humo y resoplaba arrojando fuego por las fauces como feroz demonio de exótica tribu; que hendía el silencio tan odiosamente como su camino hendía la llanura; que era de hierro y de madera, obra del hombre blanco procedente de la distancia, desde donde el Gran Espíritu proyecta sobre la tierra el alba, era el fin de los cotos de caza y del indio. Había corrido la sangre; bajo los árboles, muchos guerreros dormían, pero el férreo mons-

truo que vomitaba fuego seguía impertérrito su camino. Los hombres blancos eran tan numerosos como las pinochas de los pinos. Combatían, morían y otros venían a ocupar su puesto.

El jefe era anciano y sabio; le habían aleccionado las estrellas, y las salvas, y la montaña, el viento y las soledades de la pradera. Reconocía una raza superior, pero no más noble. El blanco arrancaría a la tierra sus tesoros. El indio había nacido para cazar su sustento, repeler a los pieles rojas enemigos, atisbar las nubes y servir a los dioses. Pero esos blancos vendrían como turbonada de langosta, abatiéndose en toda la extensión de la pradera. El búfalo huiría como torbellino de polvo, para perderse en la distancia y no volver... El indio no tendría sustento, ni hierba para su *mustang*, ni lugar para su tienda. Los sioux tendrían que luchar hasta morir o verse empujados a los yermos y baldíos en los que las penalidades y el recuerdo acabarían con ellos.

Rojizo, el sol se ponía allende el desierto. El viejo jefe levantó el brazo y, luego, como aceptando la inevitable amargura, permaneció en magnífica austeridad, sombrío como la muerte, viendo cómo el ferrocarril se perdía en el llameante crepúsculo, símbolo del sino de los indios..., desapareciendo..., desapareciendo..., desapareciendo.